



Un lobo, que no encontraba bastante pasto entre las ovejas de la vecindad, buscó la ayuda de una piel de zorro para disfrazarse. Se vistió de pastor, se puso un zurrón a la espalda.

Para completar la estrategia, no le faltaba más que escribir en la cinta del sombrero: "Yo soy Perico, el pastor de este rebaño"

Apoyando las patas delanteras en el cayado, se acerca poco a poco el fingido Perico. El Perico de veras, tendido sobre el blando césped, dormía como un lirón. Dormía también su perro, y hasta la gaita dormía. Para dormir todos, dormían asimismo las ovejas. A fin de engañarlas mejor, y traerlas a su madriguera, el lobo quiso reforzar con sus palabras el engaño de su disfraz, pero esto fue lo que perdió.

Por más que hizo, no pudo imitar la voz del pastor. El áspero timbre de su voz, hizo resonar el bosque y descubrió la trampa.

Despertaron todos, las ovejas, el mastín y el zagal. El pobre lobo, con el estorbo del zurrón, no pudo huir ni defenderse.

Francisco Iglesias